

Para quienes no conocen de cerca el egoísmo y la mitomanía intrínsecos del medio musical mexicano y sus protagonistas, las ideas y conceptos de Carrillo habrán de parecerles extrañas en más de un sentido. ¿Puede, en verdad, hablar un hombre en términos semejantes? ¿Acaso será posible que la grandeza de un país como el nuestro pueda descansar en la cuerda de un violín dividida por el filo de una navaja de estudiante pobre? Pero entonces... ¿qué hay de ese *Sonido 13* tan mentado?

La entrevista de Rafael Heliodoro Valle captura en un momento típico al controvertido músico. En el monólogo-entrevista, los fantasmas y las obsesiones de Carrillo surgen sin empacho y se dilatan y cobran vehemencia gracias a un tono en el que hoy es fácil percibir la farsa y la comedia: Carrillo asegura por igual que en 1936 existen 28 millones de pianos y que "hay documentos" que confirman esta cifra; también afirma, moralista, racista y sin asomo de recato, que "el cerebro no funciona con alcohol, sino con técnica" y no deja de profetizar que la del futuro será la música suya.

Carrillo, sin embargo, no es excepcional respecto de sus colegas contemporáneos (o actuales). El músico mexicano es el peor enemigo de sí mismo y padece de manera ancestral de carencias y aspiraciones cuyo origen no suele cuestionarse: todos buscan el reconocimiento, la fama, el ejercicio del poder; todos se proclaman talentos únicos, artistas incomprendidos y todos también gustan de cifrar fuera de ellos los problemas o el fracaso de sus respectivas carreras: en sus colegas, en el medio, en el gobierno, en la fatalidad... en lo que sea, menos en ellos mismos.

Desde tal perspectiva resulta fácil criticar y sonreír al leer a Carrillo. Pero no se olvide, sin embargo, que hablamos de un músico y que por tanto, además de leer las hipérboles y frases mesiánicas de nuestro autor, es necesario escucharlo. Y es ahí donde surgirán las mayores contradicciones. Hasta ahora seguimos sin saber por qué un artista tan extraordinario, capaz de escribir grandes obras de factura impecable (pienso en su Sinfonía en Re mayor -1901- o en su suite *Los naranjos*), cultivó de manera tan notable una personalidad como la suya, tan arribista, tan mesiánica, tan ávida de elogios y de fama. Pero sobre todo, se impone un análisis futuro respecto al famoso *Sonido 13*: ahí se revelará la verdadera capacidad de vanguardia de Carrillo junto a ciertas contradicciones que su obra no fue capaz de superar, pues mientras su lenguaje técnico corría por nuevos senderos insospechados, su estética permanecía vieja, romántica y decimonónica. En la invención de nuevos *soniditos*, en la exploración de nuevos instrumentos, en su cultivo de microintervalos, Carrillo se muestra como un verdadero vanguardista, quizá el único artista que realmente lo ha sido en nuestro país. Pero nos resta saber por qué su música generó tantas y tan contradictorias respuestas y por qué, en su caso y a diferencia de su contemporáneo Arnold Schoenberg (1874-1951), técnica y forma, lenguaje y significado, no avanzaron de la mano. Pero valga insistir sobre lo dicho: tal debate no podrá iniciar hasta que la música de Carrillo haya sido escuchada cabalmente, aparte y por encima de la retórica curiosa que caracterizó la personalidad del músico de Aqualulco.

Ricardo Miranda*

* Pianista y musicólogo. Columnista de la revista *Universidad de México*